

## LA LEJANÍA

**A**L domingo siguiente los novios, acompañados de Pablo Valena y de Lucía, salieron juntos á paseo. A Catalina le saltaba el corazón en el pecho por el orgullo de pasear en público al lado de Jenaro Rosa.

Toda la ciudad se enteró entonces de que realmente el abogado Rosa se casaba con la hermana de Sebastián Valena, como llamaban á Catalina.

Bien pronto comenzaron las murmuraciones, las envidias femeninas, las suposiciones y el chismorreó mal intencionado.

—¡Qué suerte tienen estas Valena! Todas encuentran marido ¡y qué maridos!

Después se corrió la voz de que Sebastián, disgustado por este matrimonio se había marchado lejos. Muchos espíritus perversos se alegraron.

—Ya veréis como no se efectúa la boda. Es muy terco Sebastián Valena.

Exageraban los comentarios.

—Sebastián se ha ido, porque amenazó, revólver en mano, matar á su hermana.

—No; á Jenaro Rosa.

—¿Dónde anda Sebastián?

—En el Continente, en casa de su hermana Angela.

\* \* \*

Sebastián estaba lejos, en el viejo monasterio, á orillas del bosque donde un grupo de carboneros quemaban los árboles talados.

En tres meses no se había movido de allí Sebastián.

El lugar tomaba el nombre de la vieja iglesia de San Jacobo, en ruinas, que Pablo había comprado. El paisaje era melancólico, con bosques que en invierno daban una nota de tristeza. En las habitaciones adosadas á la iglesia vivía Sebastián. Llegó éste de noche á San Jacobo, recibiendo el señor Francisco, el administrador de Pablo Valena, hombre enérgico y fiel que estaba al servicio de la casa desde hacía veinte años. Admiróse de ver á Sebastián, pero no dijo nada. No explicó éste tampoco su presencia. Al día siguiente, cuando el administrador le dijo:

—Aquí están los libros de registro..., rehusó como si saliera de un sueño:

—Déjame; no he venido á eso.

—Entonces ¿á qué? preguntóse para sus adentros el señor Francisco. No hizo, sin embargo, observación alguna.

Sebastián parecía atontado ó por lo me-

nos indiferente. No hablaba, no reía, no explicaba el objeto de su viaje. A veces caía en una especie de estupor profundo.

En los primeros días preocupábase del caballo, después, seguro de que no le faltaba forraje, tornóse indiferente.

Juntos recorrieron el bosque, visitando los hornos de los carboneros, encendidos y los que estaban en reparación. El señor Francisco le presentó todos los obreros y le puso en autos de los trabajos de labranza. Tras la segunda visita á los hornos, Sebastián se encerró en su cuarto y se puso á escribir.

—¿A qué habrá venido? interrogábase á cada momento el administrador.

Luego añadía:

—¡Bueno fuera que el hijo de don Pablo haya cometido alguna locura! ¡Quién sabe! ¡Cuando se es joven!...

Todo ayudaba á los recelos del señor Francisco. Sebastián habíale rogado que á nadie dijera que estaba allí, sobre todo si pasaba alguien de Orolá. No quería que lo vieran.

Acentuáronse los recelos del señor Francisco con la llegada de Pablo Valena, quien, entre otras noticias, le comunicó que su hija Catalina iba á casarse con el abogado Rosa.

Pablo y su hijo se encerraron en una habitación para hablar sin testigos.

El administrador no era curioso y por añadidura padecía un poco de sordera. Al principio de la conversación no percibió ni una palabra; pero al poco padre é hijo alza-

ron la voz, expresándose con vehemencia. Y el señor Francisco oyó que Pablo Valena llamaba imbécil á Sebastián.

—¡No puedo! Es inútil que se empeñe, decía éste.

Después las voces bajaron el diapason, y el administrador no oyó nada más. Después en las caras de los amos advirtió cierto ceño grave y un aire conmovido. Pablo explicó á su servidor la presencia allí de Sebastián. Aquellos terrones muy poco producían, y sin embargo era un campo fértil San Jacobo. Había agua en abundancia.

Sebastián en adelante haría una provechosa explotación.

\* \*

Al fin Sebastián iba á realizar el sueño más hermoso de su vida. Su padre le entregaba unas tierras vírgenes, una casa y dinero para comenzar los trabajos de transformación agrícola.

En la flor de la juventud y del vigor, podía comenzar su obra seguro de verla realizada antes de morir. Tenía veinte y siete años.

En los primeros momentos sintió una alegría febril; pensó que ninguna nube cerraba su horizonte, creyendo poder olvidarlo todo: Ana, los hermanos, la madre, los amigos, Jenaro Rosa y la casa paterna.

Al regresar una tarde Sebastián del campo, el chiquillo al servicio del señor Francisco, le dijo con respeto.

—Buenas tardes. Ha llegado su ropa.

—Voy enseguida, Marcos.

Aun permaneció largo rato delante de la casa soñando. Veía las ruínas de aquella antigua iglesia convertidas en cómoda vivienda, y pensó con ternura en su madre que, cuando todos sus hijos hubiesen tomado ruta en la vida, vendría á acabar allí sus dulces y últimos días.

Entró. Durante toda la tarde, como siempre, había pensado en Ana.

Cuando vió la ropa, que le enviaban de su casa, trajes, camisas, periódicos, víveres y muchas otras cosas, en fin, todo lo que había encargado á su padre que le enviasen, sintió que la sangre se le agolpaba al corazón y al cerebro, y una sensación angustiosa le entristeció hondamente unos instantes.

Avivóse en él una ternura por Nel, un ansia de verlo, de abrazarlo, de charlar y reír con él. La nostalgia de las costumbres interrumpidas, de las cosas que había abandonado para siempre, lo invadió sutilmente.

Puso en orden todo. La estancia—que le servía de alcoba y de despacho—estaba llena de polvo. Bien se veía que ninguna mano de mujer había sacudido nunca aquellas paredes blancas.

Se tumbó en el lecho para leer, esperando la llegada del administrador. Mientras leía los periódicos, su corazón sollozaba: ¡Regresaré! ¡Regresaré! ¿Qué hago aquí, solo, en este desierto?

Luego su espíritu reaccionaba.

—¿Á qué volver? El eslabón de su vida

estaba roto y nada podía compensarle la dulzura y los dolores ya pasados. ¡Ana!

\* \* \*

Estaba decidido Sebastián á regresar...

A últimos de Marzo recibió una carta de Ana, en que le decía: Catalina se casará por Septiembre, ó tal vez antes. Angela vendrá á la boda y me llevará con ella... ¡para siempre!

Salió al día siguiente Sebastián á caballo, y marchóse al villorrio á la busca de trabajadores para levantar tapias en San Jacobo.

El rostro de Sebastián estaba pálido, pero una gran energía transparentaba su mirada dura y severísima. ¡No retornaría nunca!

\* \* \*

Aquel Carnaval se divirtieron mucho las niñas de Valena, asistiendo á bailes y otras fiestas.

Jenaro quería que la boda se adelantara. Al fin fijóse para primeros de Septiembre, el tiempo necesario para confeccionar el ajuar de Catalina.

—Se casan en Septiembre, dijo una tarde Lucía á Ana.

Estaban en el huerto, vigilando á Nel que jugaba con otros niños. Desde que Catalina no tenía atenciones más que para su prometido, Ana, sintiéndose sola y triste,

había buscado la compañía de Lucía, con quien hasta entonces no tuvo nunca confianza. Lucía la acogió cariñosamente. En pocos días convivieron en la mejor armonía.

—¡Qué fastidio! ¡qué fastidio! continuó Lucía, apretándose la cabeza con las manos.

—Sí;—repuso Ana—yo creía que este noviazgo iba para largo. ¡Es demasiado niña tu hermana!

Y rió á la idea de Catalina convertida en ama de casa, ella que aun jugaba con Nel y que se echaba á llorar por nada. Después, preguntó:

—Pero ¿es verdad? ¿quién te lo ha dicho?

—Mamá. Ha venido el padre de Jenaro. ¿No lo has visto?

—Sí; ¿y ha venido para eso?

—Sí; y han acordado la boda.

—¿Pero es posible que tu madre haya consentido?

Después, mostrándose indiferente, añadió:

—En estos cuantos meses podrá aprender alguna cosa. Él es rico, y podrá poner muchas criadas á su servicio.

—¡Ah, tú no sabes! exclamó Lucía con amarga sonrisa. Catalina no sirve aun para gobernar una casa. Por tanto, se quedarán aquí ¿comprendes?

—¡Vivirán aquí! gritó Ana. Empalidecía, mas hizo un esfuerzo para disimular su turbación.

—¿Te disgusta á tí también? ¿Y á quién

no disgusta? ¡Vivirán aquí!... Ya no volverá Sebastián...

Lucía no habló más, pero Ana vió dos lágrimas en los grandes ojos oscuros expresando toda la amargura de la prima. No le pareció menos intenso su propio temor y su disgusto íntimo.

¡No; era demasiado! Ella esperaba que después del matrimonio de Catalina cesara su martirio. También confiaba en que entonces regresaría Sebastián. La presencia en adelante de Jenaro no llenaría el vacío del otro.

Ana comprendía la tristeza de María Fara por la ausencia de su hijo y por los trastornos que causaba.

No; Sebastián no volvería, ni ella debía permanecer allí. Mas ¿á dónde ir?

. . . . .

—También me iré como Sebastián, pensó Ana, separándose del muro. Atravesó el huerto, donde los niños jugaban todavía, pasando entre sus risas y sus gritos de júbilo inocente.

Ella recordó los primeros días de su llegada y parecíale ver de nuevo á Sebastián que amenazaba con la podadera cortar la nariz á Catalina.

Y pasó, con una sonrisa entre sus labios pálidos, cuyas comisuras se replegaban con tristeza infinita.

Al entrar en casa vió que estaba allí Jenaro.

Catalina, muda de contento, preparaba el café, mientras que Jenaro paseaba á lo

largo de la habitación, cantando el aria de *Ricardo III*:

*Avrai d'effluvi arabici  
il crine imbalsamato...*

Revelaba tanta pasión y sobre todo tanta intención su voz, que Ana sintióse acosada del deseo de hacer conocer enseguida á todos la resolución que había tomado: marcharse al Continente con Angela, al menos por algún tiempo, después de la boda de Catalina. Y así se lo escribió también á Sebastián.

## LOS HUMILDES

**A**NITA Malvas, Doña Ana como la llamaban, retornó del Continente, en compañía de Angela, á fines de Abril.

Angela, que no tenía hijos, habíase convertido en una dama elegante. Su marido, en muy pocos años, había hecho una gran carrera. Ella hacíase traer los vestidos de París y transpiraba cierto aire aristocrático. A su lado, durante el viaje, Ana parecía una señorita de compañía. Sin embargo, aquella Ana que había partido en Septiembre no se parecía en nada á la Ana que ahora regresaba. Parecía mas alta, más hecha; hasta su mirada era más viva, más inteligente. Cuando hablaba, animábanse sus ojos maravillosamente, sin que en ellos se advirtiera una sombra de tristeza.

Sin darse cuenta ella, los trajes le caían muy bien.

Catalina mostróse contrariada. Al lujo y á la elegancia de Angela estaba acostumbrada, ¡pero Ana!

—¡Cuánto te has hermoseedo, Ana! le